

La noticia más inesperada

El día que los padres de Pedro se separaron fue el más triste de su vida. Y eso que lo hicieron lo mejor posible, tranquilos, relajados. Ni se habían peleado ni nada. «Cosas de mayores». Lo llamaron, se sentó, y más o menos se lo soltaron así:

5

—Pedro, hijo.

—Ante todo, has de saber que te queremos.

—Mucho.

—Exactamente: mucho.

—Muchísimo.

—Tú eres lo más importante de nuestras vidas.

—Lo más de lo más.

—No va a cambiar casi nada, te lo prometemos.

—Irás a la misma escuela de siempre, vivirás con mamá...

—Es lo más prudente y adecuado.

—Sí, lo más prudente y adecuado.

—Con todo, sabemos que será duro para ti.

—Para todos.

—Y más los primeros días.

6

—Las primeras semanas.

—Pero estas cosas pasan.

—Pasan mucho.

—Lo más importante es hablarlo razonada y civilizadamente.

—No es que papá y mamá ya no se quieran.

—Es solo que ahora lo hacen... lo harán de otra manera

—¿Entiendes?

Hasta ese momento, Pedro parecía estar en un partido de tenis, viendo la pelota saltando de un lado a otro de la red.

Y de entenderlo, nada, ni jota.

—No —dijo.

Sus padres se miraron con angustia.

Parecieron tomar una decisión muy muy dura.

—Papá y mamá...

—Eso, que...

—Pues...

—Verás...

—Vamos a separarnos.

¡Bum!

7

Ahora sí lo pilló.

En la escuela había varios chicos y chicas con padres separados. Y en su clase, dos, Lucas y Elena. No hablaban mucho del tema. No era de ese tipo de cosas de las que apetezca decir nada.

Es más, a Pedro le parecía que eso solo podía pasarle a los demás.

—¿Vosotros? —Se quedó sin aliento.

—Ya ves.

—Lo sentimos de veras.

—Cariño...

—Hijo...

Los miró fijamente. De repente eran dos desconocidos. Nunca se habían peleado, siempre

habían parecido felices, risueños, contentos. La pareja ideal, perfecta. Era absurdo.

Pero no.

Ahí estaba la cosa.

—No fastidiéis, ¿vale? —se le ocurrió decir.

8 En ese momento, su madre lo abrazó muy fuerte, y su padre los abrazó a los dos. Formaron una piña. Por última vez, pero la formaron. Pedro se dio cuenta de que ella lloraba por dentro mientras se hacía la fuerte por fuera, en plan valiente. Su padre ni respiraba.

El gran silencio.

Quedaban largas explicaciones, pero no eran necesarias.

Al día siguiente, su padre le compró una bicicleta y se marchó de casa.

Al otro, su madre le compró una nueva videoconsola y le dijo que iban a organizarse.

Los días que siguieron a todo esto se le hicieron nebulosos.

Él era un autómata.

Su madre era una autómata.

Sin su padre, la casa estaba vacía.

Y cuando fue a la nueva casa de él, fría, muy impersonal, sin el menor calor hogareño, fue ella la que estuvo vacía sin su madre.

Pedro ya sabía que nada sería igual.

Dos vidas

10 Las cosas fueron más rápidas incluso de lo esperado. De la noche a la mañana, Pedro tenía todo por duplicado. A su casa de siempre, su habitación de siempre, sus cosas de siempre y sus amigos de siempre se les sumó una casa nueva, otra habitación, nuevas cosas que usar o disfrutar y hasta posibles nuevos amigos con los que jugar. En la escalera donde su padre había alquilado el piso encontró uno, y en la calle, en la tienda de electrodomésticos de al lado, otro. Los dos de su misma edad. Eso sí, como iba a la misma escuela, los de toda la vida eran los primeros y más importantes.

Su mejor amigo, Marcos, también era, a veces, su peor pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mi prima Dorotea está fatal. Y eso que sus padres se separaron hace ya dos años.

—Pues yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—Oye, que a mí puedes contármelo, ¿eh?

11

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—¡Que sí, pesado!

—Bueno, vale, allá tú.

Marcos era imposible.

Y como era hijo único, igual que Pedro, y había nacido tres semanas antes, se creía que era algo así como el hermano mayor.

El piso del padre de Pedro era pequeño. Lo que él llamaba «piso de soltero». A Pedro eso le hacía cierta gracia. ¿Soltero? ¡Separado! ¿Qué tenían que ver las habas con los tomates? El padre de Pedro se hacía el simpático y el divertido, como si no pasara nada. Su madre, en cambio, a veces

estaba triste. Claro que como Pedro vivía con ella, la veía más. Todos los días. Los fines de semana que le tocaba con su padre, él parecía otro. Hablaba por los codos, contaba chistes, se reía...

Pedro pensó que se había vuelto loco.

Luego comprendió que era su forma de tomarse la separación.

12 Y, sobre todo, evitar que él lo pasara mal.

Porque si algo se notaba era que los dos estaban muy preocupados por él.

Los fines de semana que se iba con su padre, su madre le preparaba la bolsa, le metía lo necesario y le daba toda clase de consejos:

—Come a tus horas, no te hagas el tonto, nada de ver la tele todo el día, nada de jugar con la consola todo el día, mira que papá a veces está tonto, perdido, y como le dé por dejarte hacer lo que te dé la gana...

Pedro iba diciendo:

—Sí, mamá. Sí, mamá. Sí, mamá.

Hasta que ella se callaba, lo miraba tiernamente y lo abrazaba.

Fin de los sermones.

Su padre lo recogía puntualmente y él se iba a su nuevo «otro mundo». La habitación, poco a poco, tomaba forma. La ropa era nueva. En lo de los horarios... había ciertas libertades. El tiempo se alargaba a veces como un chicle y se acortaba otras. Su padre, que siempre trabajaba y no tenía tiempo para nada, de pronto parecía tener todo el tiempo del mundo. Vamos, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Iban al cine, al fútbol si había partido, o lo veían por la tele si el equipo jugaba fuera, comían *pizza* en casa o bocatas en una hamburguesería...

13

Luego, volvía a casa y su madre, así así, a lo tonto, le hacía preguntas, pero como si no las hiciera. Nada de asaetearlo al llegar, qué va. Poco a poco, y como de pasada.

—¿Y tú qué has hecho, mamá? —preguntaba él.

Unas veces ella decía:

—Oh, pues me he dedicado a poner orden en la casa, ahora que hay más espacio.

Otras:

—He salido con mis amigas, a pasear y al cine.

Vamos, que aburrirse parecía que no se aburrían, ninguno de los dos.

14 Incluso, cuando llegó la hora de las vacaciones de verano, lo pactaron sin traumas ni gritos y, como lo llamaban ellos, «de mutuo acuerdo» y «mirando siempre por él». O sea, que se fue quince días a la playa con ella, al pueblo, y los quince días con él los pasó en Disneylandia de París y en Port Aventura de Tarragona. Una pasada.

Hasta Marcos se quedó impresionado.

—Oye, tú, les he dicho a mis padres que se separen —quiso hacer broma.

—Calla, burro —se enfadó Pedro.

Hubiera preferido mil veces pasar el verano de todos los años con tal de que siguieran juntos.

Pero eso parecía ya imposible.